

Lorenzo relata detalladamente, en los que se sucedieron las acciones y las reacciones del movimiento de presos y de las instituciones, con diálogos, debates parlamentarios y violencias, incluyendo en estas últimas dos asesinatos especialmente trascendentes, el del preso anarquista Agustín Rueda a mano de sus carceleros y el del máximo responsable de Prisiones, Jesús Miguel Haddad, por atentado del GRAPO, lo que animó al gobierno Suárez a nombrar para tan alto y delicado cargo al prestigioso jurista de trayectoria progresista Carlos García Valdés. Dejamos ya al lector bien dispuesto para encontrar muchísima información y análisis seguidos de matices aclaratorios — cuando son posibles— y de zonas penumbrosas que merecen mantenerse abiertas en el debate historiográfico, incluyendo la valoración del polémico papel desarrollado por García Valdés en aquel conflicto y en el inicio de una nueva etapa de la historia penitenciaria de España, la que arrancaríamos en 1979 con la Ley Orgánica General Penitenciaria, primera ley orgánica de la etapa constitucional actual.

El ciclo de movilización que dinamizó la COPEL desde 1976 hasta 1979 —ya muy minorizado desde el verano de 1978— ofrece un rasgo primordial e indiscutible que destaca sobre otros muchos: la politización de una mayoría de presos comunes y el liderazgo que en ese sentido quisieron asumir. Se trata, pues, de un ciclo singular, que sobresale aún más cuando lo contrastamos con su largo epígono en la década de 1980, algo que, por cierto, se puede extrapolar a otras experiencias de lucha radicalizada: también el mundo carcelario español tuvo su época “heroica” en los 70 y, llegados los 80, con un sistema penitenciario que como institución y aunque tarde ya había aprendido a controlar mejor el riesgo de la protesta, tuvo que transitar desde la decadencia y el desencanto por el *ethos* descreído de una sociedad posheroica.

No es pura casualidad el hecho de que ese ciclo que tan interesantemente nos desmenuza César Lorenzo en *Cárceles en llamas* quede históricamente flanqueado —o quizás inmerso en sus contornos, si lo miramos de otra forma— entre el motín del Habichuela en 1975 y el motín de Herrera de la Mancha en 1979, un antes y un después en los que el grito desesperado de los presos apenas era audible en términos políticos. Tiempos duros de la historia penitenciaria, hasta hoy.

Segura, Antoni, *Estados Unidos, el Islam y el nuevo orden mundial. De la crisis de los rehenes de 1979 a la primavera árabe*. Madrid. Alianza Editorial, 2013, 376 pp.

Por Miguel Ángel González Claros
(Universidad de Cádiz)

El profesor Segura es Catedrático de Historia contemporánea en la Universidad de Barcelona, donde dirige el Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI). En relación a esta materia posee una amplia bibliografía destacando su obra, *Señores y vasallos del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales* (Madrid: Alianza Editorial, 2004). En esta nueva obra el autor pone su atención en la transformación, evolución y naturaleza del poder mundial, de las relaciones internacionales y de los conflictos armados tras el fin de la Guerra Fría y cómo todo ello se manifiesta en la controvertida relación que establece Estados Unidos con los países árabes e islámicos. Los ejes del libro son las consecuencias globales de la desaparición de la URSS, los cambios producidos en las relaciones internacionales y en la naturaleza de los conflictos con la aparición de Al Qaeda que impuso el apoyo a dictaduras para evitar el ascenso del islamismo y la primavera árabe.

Parte su análisis el autor de la revolución iraní de 1979 dado que fue la primera transformación política de corte islamista en la historia contemporánea, lo cual suscitó un generalizado desconcierto; además de granjearse la enemistad de los principales actores internacionales y regionales. Equidistante política e ideológicamente de Moscú y de Washington a un mismo tiempo, el nuevo Irán fue percibido como una amenaza dada la ubicación del Golfo pérsico, una de las zonas de mayor importancia geoestratégica y económica. No hay que olvidar que era el cuarto país en reservas de petróleo. Amenaza para Estados Unidos, para las monarquías petroleras de la península arábiga, para Moscú, por el contagio a las repúblicas musulmanas de Asia Central, para Sadam Husein por litigios fronterizos y por último amenaza por su influencia sobre la población chií.

A partir de esta alteración del equilibrio de poder regional, en el que Estados Unidos perdía uno de sus más importantes aliados regionales (fronterizo con la antigua Unión Soviética), se contempla las reacciones suscitadas y las

consecuencias imprevistas e incluso contrarias a las deseadas. La guerra irano-iraquí (1980-1988) se encuadró en estas nuevas coordenadas; y, en cierto modo, también, la invasión soviética de Afganistán (1979). Sadam Husein tenía sus propios motivos para atacar Irán que no era otro que el temor a que la población chií iraquí intentara instaurar un régimen similar al de Teherán y para ello contó con el apoyo de los países occidentales y en particular con el apoyo militar norteamericano temiendo el incremento de la influencia soviética en Irán y la posible extensión del control iraní a toda la zona. No obstante la administración del presidente Reagan practicaba un triple juego en Oriente Medio. Por un lado apoyaba a las milicias muyahidines y a la internacional islamista de Bin Laden que luchaban contra el Ejército Rojo en Afganistán y por otra parte apoyaba a Husein en la guerra contra Irán, aunque, al mismo tiempo suministraba secretamente armas a Irán a través de la operación Irán-Contra. La guerra de Afganistán a su vez fue el último capítulo de la Guerra Fría y el comienzo del “Vietnam” de la URSS y de su propia desintegración. A su vez, estos hechos y acontecimientos configuraron otros nuevos como la posterior invasión iraquí de Kuwait (1990-1991) y la rebelión de una parte de los *muyahidines* —árabes y afganos— en contra de sus antiguos aliados occidentales frente al invasor soviético.

Por otra parte la caída del Muro de Berlín se inscribe en el colapso del comunismo en Europa y el final “del sistema de equilibrio de poderes en Europa” vigente desde la Paz de Westfalia en 1648 y que marca el nacimiento de un nuevo orden internacional y mundial, que todavía está en gestación. La disolución de la URSS fue debida a muchas razones pero son tres las que el autor destaca: la pérdida de empuje de la economía y tecnología soviéticas, el resquebrajamiento de la cohesión social del pueblo soviético y el fracaso de Afganistán duro golpe al prestigio del Ejército Rojo.

Las consecuencias de la desaparición de la URSS fueron muchas en la configuración del orden mundial y de las relaciones internacionales dejando a Estados Unidos como única gran potencia. No ajeno a este panorama, las guerras de Afganistán (2001) y de Irak (2003) son analizadas bajo la alargada sombra de los cambios introducidos en la estructura de poder del sistema internacional (fin de la Guerra Fría e implosión de la Unión Soviética); y, en particular, de la reacción de la administración

neoconservadora estadounidense ante los atentados del 11-S, signo visible de que el mundo y el poder mundial habían entrado en una nueva era. Así, aunque Estados Unidos se consideran los garantes del orden internacional y la paz mundial a través de una “democracia armada”, es necesario constatar que bajo la influencia de la globalización y la revolución de la información, la política está cambiando de tal manera que actuando de manera aislada, ningún Estado, ni puede alcanzar ya la mayoría de sus objetivos internacionales ni siquiera evitar ser vulnerables a peligros externos.

Tras el 11S, Estados Unidos tenía en su punto de mira a Al Qaeda y a los antiguos aliados de Moscú que ofrecían resistencia a su nueva hegemonía con una posición de apoyo a regímenes totalitarios que garantizaran frenar el ascenso del islamismo. Desde ese momento, Washington, con su “guerra contra el terrorismo” se volcó en consolidar su presencia con sus aliados a través de la firma de tratados de libre comercio y bilaterales de inversión, que se extendieron a los aliados de la desaparecida URSS, con la excepción de Siria.

Con La Operación Libertad Duradera se ocupa Afganistán al amparo del principio de autodefensa, contenido en la carta Fundacional de Naciones Unidas. Estados Unidos aprovechó la guerra para consolidar su presencia en Asia central y modificar la relación de fuerzas con China y a la vez se abría una vía de acceso a las reservas de hidrocarburos de Asia central y del mar Caspio que a través de Afganistán o de Azerbaiyán y Georgia permitiera llevar los hidrocarburos a Pakistán y al Mediterráneo oriental. En el caso de la invasión iraquí no se contó con el apoyo del Consejo de Seguridad y ni siquiera la opinión pública mundial pudo parar la maquinaria de la guerra. Tras una victoria rápida el país quedó sumido en la violencia y en este contexto se desarrolló el proceso político. Para el autor la principal fuente de conflicto en el país es la rivalidad entre comunidades étnicas y sectarias por el poder y los recursos por lo que el futuro es incierto. Este contexto de enfrentamiento entre Kurdos, chiíes, suníes preocupa a todos los países pendientes de obtener beneficios como Estados Unidos, Irán, Arabia Saudí, Siria e Hizbolá pero a la vez estos enfrentamientos comunitarios debilitan la resistencia en Líbano, Palestina e Irak.

A principios de 2011, según nos relata Antoni Segura, el mundo occidental miraba sorprendido

hacia Túnez y Egipto. El miedo al que estaba secuestrada la opinión pública por los atentados de Al Qaeda, intercambiando libertades por una ficticia seguridad, imposibilitó ver como las poblaciones árabes se negaban a seguir aceptando la continuidad de unas dictaduras que parecían legitimadas por Occidente en base a que impedían el ascenso del islamismo. El autor considera que la explicación de la nueva realidad política es multicausal y proviene de la experiencia de lucha y resistencia acumulada por las sociedades árabes frente a unos regímenes despóticos y autoritarios. Durante los últimos años un malestar creciente se había instalado principalmente entre los jóvenes sin futuro que no estaban dispuestos a aceptar la falta de libertades en un contexto de desigualdad provocada por la corrupción y el nepotismo de las clases gobernantes.

Las nuevas tecnologías y las redes sociales desempeñaron un papel importante en la coordinación y desarrollo de las revueltas pero para el autor no explican surgimiento. A ello hay que añadir la importancia de los movimientos sociales, como asociaciones de jóvenes, de mujeres, de activistas por los derechos humanos, de foros opositores, entre otros, destacando las asociaciones islamistas, que durante las últimas décadas se han enfrentado con el autoritarismo de los regímenes. Las revueltas aúnan, pues, movimientos sociales y nuevas tecnologías que comparten el rechazo de las dictaduras y de la represión y exigencia de elecciones libres. Pero es un proceso heterogéneo que tomará caminos diferentes según las particularidades de cada caso concreto.

En relación a la conflictividad tras la posguerra el profesor Segura comenta que después de 1991 estamos en plena transición global, en un considerable desconcierto estratégico. Tanto el proceso de globalización como la revolución tecnológica en las comunicaciones están transformando profunda y rápidamente la geopolítica y la propia naturaleza de los conflictos armados que conservando sus viejas características, aparecen cambios notables como la desterritorialización, combatientes difusos, limpiezas étnicas, incremento de víctimas civiles y la privatización de la guerra entre otros. Según el autor “A partir de entonces, los viejos modelos de regulación de conflictos y de relaciones internacionales y las alianzas anteriores quedan obsoletos y ya no sirven en un mundo globalizado con nuevos actores de dimensiones y objetivos desconocidos”. Pero es

a partir del 11-S, cuando los neoconservadores americanos lanzaron la falsa dicotomía entre libertad y seguridad donde paralelamente se criminalizaba de manera genérica al mundo árabe-mulsumán, apoyados en las ideas de Samuel P. Huntington, para quien existía una incompatibilidad entre los principios islámicos y los valores democráticos. Ello ha provocado que durante la primera década de este siglo el islán esté en el punto de mira del discurso populista que suele encontrar apoyo en determinados medios de comunicación y en el poder político de extrema derecha en Europa.

La conclusión del autor no es otra que aproximarnos y hacernos comprender los cambios acaecidos en la esfera del poder a partir de dos años históricos para la humanidad, el año 1991 y el 2001, en un contexto multilateral y dentro de unos nuevos equilibrios que están por emerger en el sistema internacional, con la presencia de las potencias emergentes, la aparición de la primavera árabe y todo ello en la nueva fase de expansión neoliberal que se encuentra como pez en el agua en la difícil situación financiera y económica que sufrimos. “En apenas una generación, el mundo ha cambiado de tal manera que resulta difícil reconocerlo”

Villacañas, José Luis, *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*. Madrid, Espasa-Calpe, 2000, 494 pp.

Por Juana García Romero
(Universidad Autónoma de Madrid)

Con esta investigación, José Luis Villacañas trata de esclarecer la tesis que mantuvo Maeztu: en España, el predominio de la Edad Media hasta el siglo XVIII, entorpeció la modernización que se estaba dando en «Europa» y, por ello, convenció a la burguesía de la necesidad de separarse del liberalismo ideológico para recuperar el protagonismo de España en la historia.

Se recuerda que Maeztu fue un hombre destacado dentro del ámbito intelectual español, surgido de la llamada Generación del 98, sucesor de Menéndez Pelayo y representante de la derecha española en el siglo XX.

Para lograr dicho objetivo, se centró en la lectura de *El Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina* como referentes, a través de los cuales surgieron las distintas formas de vivir dentro de una